

## Reivindicación de la política

Oswaldo Battistini

Por más fuerza que parezcan alcanzar ciertos procesos políticos progresistas, la permanencia en el poder de gobiernos de este signo suele ser condicionada por diferentes factores, como bien podemos corroborarlo los habitantes de los países latinoamericanos. Por un lado, la influencia inevitable de los cambios en el contexto internacional limita el campo de determinación de las resoluciones económicas tomadas por estos gobiernos. El gran poder adquirido por las instituciones de financiamiento internacional y los inversores globales actúa, en ciertas coyunturas, como fuente de coacción sobre las economías de los respectivos países, condicionando la determinación de ciertas políticas de expansión a la posibilidad o no del necesario ingreso de divisas. Por otro lado, las elites económicas locales suelen tener el control de ciertos factores productivos neurálgicos, generalmente ligados a los productos primarios exportables, lo que las constituye en fuerzas con poder extorsivo sobre los gobiernos y, a partir de ello en actores dispuestos a apoyar alternativas políticas de corte neoliberal. Al mismo tiempo, como condimento institucional catalizador de las presiones ejercidas por los grupos o actores ligados a los intereses anteriores, parte del poder judicial es refractario a las demandas generadas desde dichos ámbitos. Finalmente, los

grandes medios de comunicación, constituidos en holdings empresarios de enorme poder, adquieren una potencia inusitada para la producción de representaciones sociales contrarias a políticas de inclusión social de los sectores menos favorecidos, la sustitución de importaciones o el establecimiento de mecanismos económicos y políticos que puedan ir contra sus propios intereses o los de los grandes grupos de poder. Como contracara, esos mismos medios construyen un imaginario a partir del cual la posible llegada de gobiernos neoliberales constituye la fuente segura de progreso y bienestar general de la población. La propia conformación de estos medios en grandes holdings empresariales desplaza sus objetivos (que naturalmente debían enfocarse a la comunicación plural y relativamente neutral) hacia intereses económicos absolutamente emparentados a cualquiera de los sectores antes descriptos. Estos medios de comunicación funcionan además como principal eje articulador alrededor del cual se estructura el discurso favorable a los cuatro factores anteriores.

Así, las experiencias progresistas generadas, en varios países latinoamericanos, desde fines del siglo XX y comienzos del siglo XXI, aparecen hoy jaqueadas por el avance, o el retorno, de expresiones políticas ligadas o centradas en las ideas neoliberales. El ocaso de los

programas económicos asentados en la puesta en marcha de mecanismos que pusieron en el centro de sus políticas la ampliación y reproducción del mercado interno, el aumento del empleo asalariado, el bienestar de los trabajadores y la expansión del consumo de los sectores populares en su conjunto, parece ser el signo distintivo del proceso que se vive en los últimos años en varios países latinoamericanos. Este jaqueo no se produce por la simple defección de los gobiernos que experimentaron esas políticas sino como efecto de las presiones ejercidas por los factores antes mencionados. Es posible que, en algunos casos, la falta de renovación de las políticas desarrolladas por los gobiernos progresistas y el agotamiento de alguno de sus dispositivos económicos haya precipitado cierto descontento de parte de sus poblaciones, pero tal factor no fue por sí mismo el desencadenante de su declive electoral, si no se tiene en cuenta el papel que juegan las distintas fuentes de presión económica, política, judicial y mediática.

De cualquier modo, más allá de la coyuntura actual, donde la fuerza electoral de los gobiernos progresistas parece declinar, la experiencia adquirida a partir de ellos por los sectores populares es sumamente relevante en términos de su acción futura. Las mayorías, antes sojuzgadas y silenciadas, recuperaron su capacidad de organización y lucha por sus propios derechos. Es muy probable que, aún con la fuerza ideológica y política que logra asumir actualmente el neoliberalismo, la potencia organizativa que adquirieron los sectores populares sea muy difícil de revertir y, por el contrario, se constituya en un fuerte reaseguro para evitar que los derechos conquistados sean fácilmente barridos. La pre-

gunta que sigue es entonces: “¿Cuáles son las vías bajo las cuales se manifestará su acción en el corto y mediano plazo y de que manera se sostendrán esas organizaciones frente al poder desestructurador de las políticas neoliberales?”.

Más allá del sustento brindado por el poder económico y mediático y la ventaja de contar con fuentes concretas de poder político, el neoliberalismo estructura su gestión en base a preceptos que se repiten en el tiempo casi con las mismas pautas y se asientan en suposiciones fuertes, no siempre asentadas en la dinámica social real. Generalmente los modelos económicos y/o econométricos imaginados por los técnicos neoliberales sólo toman en cuenta variables ligadas a la generación de expectativas favorables en potenciales inversores o emprendedores que serían primeramente favorecidos por dispositivos destinados a abrir las economías, transferirles recursos económicos vía reducción de impuestos, reducir el gasto público fundamentalmente achicando las políticas sociales, bajar el costo laboral y generar mecanismos para flexibilizar el uso de la mano de obra. Pero, lo que estos modelos no suelen tener en cuenta o incorporar entre las variables a considerar es la posible acción de los sectores inmediatamente perjudicados por sus políticas. Es decir, la estructuración de políticas por parte del neoliberalismo pone entre paréntesis o directamente anula la posibilidad de que el conflicto social sea un determinante de las mismas. El desinterés o la directa desidia que suelen mostrar los gobiernos neoliberales ante el conflicto social es el resultado de diagnósticos que sustentan los modelos diseñados por sus principales asesores económicos. Detrás de dichos modelos se esconde la aserción que vincula a la

inversión empresaria como la única y virtuosa llave que abre toda disposición futura al crecimiento de un país. Pero, para que esa inversión sea posible, la sociedad debe aceptar primeramente enormes transferencias de recursos de los trabajadores a manos del capital, políticas de apertura comercial y recesiones económicas coyunturales que tienen como resultado altas tasas de desocupación, ingresos reducidos para los trabajadores empleados y, consiguientemente una fuerte reversión en su capacidad de consumo. El supuesto que enmarca además esta concepción es que la racionalidad de los actores les permitirá comprender que, en el corto plazo, es conveniente reducir sus expectativas para esperar los beneficios que seguramente devendrán posteriormente a la aplicación de las políticas de incentivo a la acción de los empresarios. Es decir, en el caso específico de los trabajadores, si ellos aceptaban reducir sus demandas en el presente, luego de la inversión que sobrevendrá a las ventajas coyunturales que adquieren los empresarios, el bienestar futuro será mucho mayor que el que alcanzaron bajo los gobiernos progresistas. Por supuesto que lo que no se tiene en cuenta es que no necesariamente los trabajadores estarán dispuestos a postergar sus expectativas de ganancia y progreso, cuando el tiempo por el cual lo deben hacer es, en principio, muy indefinido, y cuando ya pasaron por experiencias similares y los beneficios prometidos nunca llegaron. Pero, además, porque una parte importante de esos trabajadores deben realizar dicha postergación quedándose sin los bienes necesarios para satisfacer sus mínimas necesidades y, por lo tanto, ingresando peligrosamente en situación de pobreza. Es decir, no todos los sujetos

cuentan con la misma capacidad de postergación de sus expectativas y, por lo tanto, de aceptación de sacrificios presentes a cambio de felicidades futuras. Al mismo tiempo, bajo los gobiernos progresistas, el crecimiento del empleo y la obtención de derechos por parte de los trabajadores dejó como resultado el incremento en la capacidad de negociación de las organizaciones sindicales, lo que se tradujo a su vez en incrementos salariales sostenidos y mejoras sustanciales en sus niveles de consumo. A partir de esto, ciertas capas de trabajadores, las de las ramas más dinámicas de la producción y los servicios, alcanzaron un alto grado y diversidad de consumo que los colocó entre los sectores medios y medios altos de la población. Esto hace que estos trabajadores quieran posponer o relegar sus deseos de consumo y hasta mostrarse dispuestos a perder parte de lo alcanzado retrocediendo en la posición económica a que llegaron, con el objetivo de lograr beneficios futuros mayores.

Como decíamos antes gran parte de los sectores populares cuentan hoy con capacidad de organización y, gracias a ella, fuerza potencial para la defensa de sus intereses. La experiencia política de estos sectores no sólo se encaminó en la práctica y el respeto a las prácticas institucionales de la democracia sino que también se asentó en el aprendizaje de la política no sólo como herramienta electoral sino también como terreno disponible para la organización y la defensa de sus propios intereses en el marco del conflicto social. Asimismo, no es la primera vez que el neoliberalismo intenta llevar adelante su programa económico y, como dijimos, el recuerdo de sus efectos puede ser un factor aglutinante en la resistencia a esas políticas. Pero también

la memoria puede hacer ver que esas políticas fueron posibles en momentos de desorganización de los trabajadores y que, cuando esa organización se recompuso, aun desde la desocupación y el relegamiento social, el conflicto fue un factor de fundamental importancia para la reversión de dicho programa.

Estas condiciones invitan a tratar de especular sobre el desenvolvimiento futuro de la realidad social y política que hoy tiene a las fuerzas del neoliberalismo como protagonistas principales. En función del análisis anterior, lo que debe ser tenido en cuenta en las posibles especulaciones es: hasta donde podrá el neoliberalismo modificar las estructuras que sostienen derechos alcanzados por la sociedad bajo gobiernos progresistas y como afectará ello a la articulación de los movimientos sociales para resistir esas políticas. Al mismo tiempo, si se produce tal articulación ¿podrán esas expresiones sociales pasar a concretar una fuerza política con capacidad de ser alternativa de gobierno?

En estos tiempos pareciera que la democracia y la política nos llevan a un ca-

llejón sin salida dentro del cual todo lo alcanzado, en términos de respuestas a las demandas de los sectores populares traducidas en nuevos derechos, parece comenzar a revertirse. La restauración conservadora en manos del neoliberalismo nos lleva a contradecir nuestras propias ideas acerca de lo que considerábamos ganado, incluso sobre el mismo valor de la política como herramienta de transformación. Pero, si pensamos en las enormes construcciones organizativas que llevan adelante y que desarrollaron en otros tiempos los sectores populares, si podemos hoy imaginar articulaciones entre distintos sectores o grupos sociales afectados por las medidas desplegadas por gobiernos de derecha, podremos pensar en nuevas formas de hacer política, en nuevas estrategias que salgan del corset demasiado ajustado de los partidos políticos y su formalidad institucional. Entonces, a partir de esto, podremos reivindicar a la política misma desde la posibilidad de que los mismos actores sociales puedan reinventarla desde su propia experiencia cotidiana.